

Católicos en Irlanda, quedaban los calvinistas en Escocia. Esta no había sido agresora, pero guardaba el silencio de la desaprobación, lo cual podía llegar a ser muy funesto. Allí se presentó Carlos II, resignándose en Edimburgo a todas las exigencias del parlamento escocés, las mismas negadas por su padre al de Inglaterra; la Iglesia calvinista era la del Estado; el parlamento se consolidaba, apoyado en el rey; en suma, había obtenido aquel orden de cosas que en Inglaterra habían deseado todos, excepto los independientes. Era, pues, de temer que Inglaterra quisiese imitarlos y aceptase a Carlos II; así Cromwell fué a desalojarle de allí, lo cual consiguió; de modo que la Escocia debió seguir los principios que reinaban en Inglaterra.

Cromwell, dando gracias a Dios por aquella victoria, se mostró mas humano e intentó los medios de la persuasión; puso en libertad a los prisioneros, no inquietó a sus adversarios, se dedicó a reconciliar ambas naciones, y no pretendió, en cuanto a religion, mas que tolerancia. Al efecto disputaba con sus ministros; estableció discusiones y les escribía: «¿No os agrada que se predique en nombre de Jesucristo? ¿Os parece reservada la predicación a vuestro ministerio? ¿Escandaliza nuestra libertad a vuestras iglesias? ¿Es contraria a la ley? En ese caso que la ley sea anatematizada. Os engañáis sobre el sentido de la Escritura. La ordenación es un acto de conveniencia, no de necesidad. Vuestro temor de que el error se introduzca durante la libertad, se parece a la prudencia de aquel que tuviese bajo llave los vinos del país para no dar margen a embriagarse. Sería injusto é irracional negar a alguno un derecho natural so pretexto de que puede abusar de él. Si abusa, castigadle; si habla inconsideradamente, sufridle, pues que sois sabios; si se engaña, mostradle la verdad en vuestra respuesta; cerradle la boca con palabras razonables a que no tenga que replicar; si blasfema y turba el orden público, dejad que los magistrados le castiguen; si dice la verdad, alegráos de ello (1).» Esta libertad no tenía entonces mas apoyo que las espadas; así, pues, no podía desarrollarse como cuando fué favorecida por el progreso del razonamiento y de la civilización.

La fuerza había sido el único motor de aquella revolución; pero el ejército creía tener una misión divina, procedente de su directa comunicación con el Señor, el cual le guiaba especialmente como en otro tiempo había guiado a Israel; de modo que el derecho de la victoria era el derecho de Dios. Cromwell no se entregaba a tales ilusiones, y conocía que un gobierno para durar debe estar justificado por la razón pública; por lo tanto buscó siempre

(1) THURLOE'S, *State papers*.

apoyo en algun principio de legalidad reconocida. Primeramente trató de aliarse con el rey y despues con el pueblo, conservando cierta apariencia de parlamento. Pero no se le ocultaba que Inglaterra conocia la nulidad de este, expuesto a las arbitrariedades del soldado, desacreditado como una oligarquía de usurpadores, infieles a su mandato y a sus colegas, y deseosos tan solo de conservar los empleos y los puestos elevados y lucrativos. Reducido de quinientos trece a ciento cuarenta individuos, se le envileció con el nombre de *rump* ó rabadilla.

Cromwell debía, pues, destruirlo y quitar del medio esta sombra de legalidad, hecho de los hombres, para apoyarse únicamente en la necesidad, ley de Dios, y dar a Inglaterra un gobierno vigoroso y adaptado a las costumbres y a la tradición del país, mas que el improvisado a la muerte del rey. La república no era deseada, ni tampoco comprendida por la multitud, sino solo por algunos exaltados y unos cuantos militares de avanzada edad. En una reunión de los principales individuos del parlamento y del ejército se propuso llamar a uno de los hijos del rey. Pero era peligroso retroceder tanto de improviso é inconsideradamente, y confesar que los Estuardos eran necesarios en Inglaterra.

Cromwell pensó tomar por sí mismo esta autoridad suprema cuya necesidad confesaban todos; pues en las revoluciones, cuanto mas violentas son, mas pronto se conoce que es menester detener sus excesos con mano fuerte y hasta tiránica. La parte mas fanática del ejército, atraída por su aire de piedad, le secundaba en todo y le creía, no solo inspirado por Dios, sino algo mas que hombre y precursor del futuro reformador. Así, pues, no bien el parlamento, único cuerpo republicano de la revolución, mostró envidiar la omnipotencia de Cromwell, y pretendió dirigir un movimiento cuyo impulso procedía de él solamente, cuando este lo disolvió de un modo insultante y se metió en el bolsillo las llaves del edificio (1655, 25 de abril). Esta disolución agradó generalmente, porque aquel cuerpo era detestado y de todas partes llovieron las congratulaciones.

Ya no quedaba mas que el gobierno militar sin oposición, pues las cuestiones religiosas, que ocupaban los ánimos, habían gastado las instituciones políticas. Tan cierto es esto que el mismo Cromwell no cesó nunca de vacilar, porque la política era mero accidente, y la religion el único móvil de aquella revolución; queriase regenerar la Iglesia, no el gobierno. De consiguiente Cromwell introdujo muy pocas variaciones en el gobierno real; prudencia conveniente en un país donde el mayor número deseaba se le siguiese gobernando como antes. Así, cuando los soldados le dieron el título de *protector*, nadie se opuso; era casi un paso a la restauración.

Convocó un parlamento; pero le nombró él mismo, no queriendo abandonarse al capricho de la elección, y calculando que si merecía el aprecio público, contribuiría a asegurar la validez de su poder, y en otro caso daría realce a su fuerza. Este parlamento tan ilegal por la circunstancia de haber sido elegido personalmente, consolidó la revolución inglesa, dando a la república una constitución (11 de diciembre), que no era mas que la transacción propuesta antes por Cromwell a Carlos, excepto la herencia monárquica. La soberanía legislativa se confiaba al lord protector de la república y al pueblo reunido en parlamento. El poder ejecutivo al protector ayudado por el consejo de Estado. De él procedían los honores, los empleos, los títulos; a él correspondía el derecho de indulto y el tratar de la paz y de la guerra con los gobiernos extranjeros. La fuerza militar dependía de él y del parlamento, y de él solo en los intervalos de las legislaturas. El parlamento debía reunirse cada tres años, no pudiendo ser disuelto contra su voluntad sino cinco meses despues de abierto. Las leyes votadas por el parlamento empezaban a regir veinte dias despues de presentadas al protector, el cual no tenía derecho a negarles la sanción. El protector no podía ni hacer leyes nuevas ni abolir las antiguas sin acuerdo del parlamento; pero en el intervalo de la legislatura podía, salva la ulterior revisión del parlamento, hacer las leyes y dictar los decretos necesarios, en su concepto, a la salud y al bien del Estado, y hasta a la recaudación de los impuestos.

Tales son las conquistas políticas a que se había limitado la revolución; en cuanto a la reforma social, nada; los diputados de Inglaterra, Escocia, é Irlanda debían reunirse en un solo parlamento. Esta unificación era obra de la espada de Cromwell y fué el definitivo engrandecimiento de la Gran Bretaña.

La religion cristiana, cual está contenida en las Sagradas Escrituras, era la profesion pública del Estado; sus ministros se pagaban por el Tesoro, aunque de un modo mas conveniente que si se mantuvieran del diezmo. Todo el que creía en Cristo, a excepcion de los Católicos y los anglicanos, tenía derecho a ser protegido en el ejercicio de su culto, con tal que no alterase el orden público, quedando así abolida la Iglesia del Estado y triunfante la libertad religiosa. Esta obra pertenecía toda a Cromwell; pero con él pereció.

Apénas el parlamento quiso revisar las bases de semejante constitución, Cromwell lo disolvió con la misma autoridad con que lo había reunido. El subsiguiente fué mas dócil, y mostró que el país había vuelto a cobrar su aplomo. Cromwell era mas monarca que ninguno de sus predecesores; sin embargo, no podía considerarse un nuevo Estuardo, y el objeto político de la revolución estaba alcanzado, pues la clase média solo quería defender la política de los Tudor contra la del derecho divino proclamada

por los Estuardos, y hacer consagrar la autoridad parlamentaria, lo cual se había conseguido.

La revolución inglesa ejerció poca influencia en lo exterior, limitándose a desenvolver sus fuerzas interiormente. Se ha supuesto que Cromwell se presentó como jefe del Norte emancipado contra el Mediodía servil, queriendo establecer un consejo de reyes protestantes, que sirviese de contrapeso al Vaticano; pero nada de esto aparece de sus alianzas ni de sus enemistades. Cromwell tuvo con la Holanda, que había crecido a la sombra de Isabel, una guerra provocada por la envidia mercantil, cuando hubiera debido ser su amigo natural. Al contrario, formó alianza con Francia en perjuicio de España, quizá porque, viendo los males que agitaban aquel país, no presintió la grandeza a que se dirigía; la ayudó, pues, rompiendo el equilibrio entre la casa de Austria y la Francia.

Pero si se engañó en esta parte, en cambio condujo el país a una prosperidad cual no se había visto hasta entonces. La marina británica llegó a su apogeo; la soberanía de los mares fué proclamada soberbiamente y sostenida por la fuerza; se conquistó la Jamaica, se castigó a los Berberiscos, se humilló a España y Holanda, y se aseguró el dominio del canal de la Mancha conquistando a Mardyke y Dunkerque.

Mientras el debate se agitaba dentro de los límites de la legalidad precedente, y la clase média se apoyaba en la constitución antigua para sostener la aristocracia y restringir el poder real, todo se reducía a una crisis política. Pero los independientes la convirtieron en revolución, no contentándose con limitar el despotismo, sino sustituyendo al antiguo derecho social un nuevo ideal, esto es, la emancipación definitiva del individuo. Adaptábase este nuevo derecho al egoísmo inglés; mas para vivir le faltaban dos condiciones. Tal como la lógica la deducía de la reforma, alteraba la simetría de la sociedad y nunca hubiera podido gobernar un pueblo. El principio que constituía su base no había pasado al través de largas discusiones y por la prueba de la conciencia y los hechos, ignorándose de consiguiente lo que tenía de sí de aplicable y de eficaz. Así la soberanía individual se había refugiado en Cromwell; él protegió este sistema, no concediendo a sus partidarios mas que lo que instintivamente juzgaba compatible con la administración del país. Conservó algunos hábitos propios de sus convicciones, y el don de la perspicacia profética, que no solo le justificaba para con los independientes, sino que era la revelación del individualismo británico, el cual librando al hombre de la tutela social, le obliga a una misteriosa correspondencia con Dios. La nación aprendió de él ese modo de obrar sombrío y exaltado, que le era propio, y que, unido al orgullo nacional, formó el tipo del inglés, tan positivo y a veces tan sublime.

Pero habiendo cesado el fanatismo que le habia servido de apoyo, y que tenia que ser personal, nada quedó de él. Lo positivo volvió á prevalecer, y el cálculo se antepuso á la Biblia.

La autoridad de Cromwell (dice Brancroft) no señaló sino un período de transición, en el cual hizo continuos esfuerzos por conciliar su poder con la conservación del orden público; pero en vano, pues la imposibilidad de conseguirlo era inherente al origen mismo de aquel poder, procedente del avasallamiento y no de la voluntad del pueblo, de la espada y no de la nación, ni de costumbres nacionales establecidas. Cromwell vió que por entonces era imposible una república, y alegó como excusa de sus persecuciones el derecho del mas fuerte á restablecer la tranquilidad, antiguo pretexto de los tiranos y de los opresores, desde los primeros dias del mundo. Despues de haber convertido el entusiasmo por la libertad en escabel de su enaltecimiento, trató de sostenerse halagando las sectas mas opuestas. Para los republicanos tenia apologías: « Los hijos de Zerniah, » los legistas y los ricos son demasiado intolerantes con nosotros. Si hablamos de reformas, » dicen que atacamos la propiedad. » Á las censuras del joven cuáquero, dirigidas contra los sacerdotes y la guerra, respondia: « Muy » bien, es cierto; si tú y yo estuviéramos juntos solo una hora, quedaríamos enteramente » de acuerdo. »

Desde el campamento de Dembar recomendaba al parlamento Largo « que reformase los » abusos y no multiplicase el número de » bres por complacer á los ricos; » pero cuando estaba en Lóndres, buscaba el apoyo de los ricos y de los abogados « á quienes solo él podía salvar de los niveladores, gente mas » pia para destruir que para reformar. » Si los sinceros niveladores, los verdaderos republicanos hablaban acaso de sus proyectos delante de él, les aseguraba « que preferia un » cayado de pastor al oficio de protector, y que » resignaria toda clase de poder cuando Dios le » notificase su voluntad definitiva; » invitándoles á rogar para que fuese pronto. « Con- » viene (dijo un dia al poeta Waller) hablar á » esta gente su propio idioma. » Si la pasión de la igualdad política llegaba á inflamar el corazón del pueblo de los campos, principal fuerza de sus tropas, sabia apagarla incontinenti con el terror de algun suplicio militar. Respecto de los presbiterianos escoceses, gente difícil de manejar, procuró atraérselos por el lado del orgullo, empleando contra su despotismo religioso la doctrina de Roger Williams y de Descartes, la libertad de conciencia. « Apro- » bar las doctrinas ajenas (decia, y con sinceridad de convicción, segun mi dictamen) es » no solo un acto necesario, sino conveniente. » ¿Se vale alguno de discursos insensatos? Su- » frámosle con paciencia, pues para eso somos » sabios. ¿Propala errores? cerrémosle la boca

» con palabras que no tengan réplica. ¿Dice la » verdad? alegrémonos con él (1). »

Para ganarse á los realistas, publicó un decreto de amnistia, prenda de futuro favor, dispensado á los que se sometiesen. Halagó á la nación, despertando y satisfaciendo el orgullo nacional con hábiles negociaciones, victorias y conquistas. Finalmente, supo atraerse las simpatías religiosas y el entusiasmo del pueblo, tomando en Inglaterra la tutela del protestantismo, y dirigiendo todas las antipatías de las sectas contra la corte de Roma.

Sus últimos momentos fueron de un hombre persuadido y entusiasta. Existe una carta escrita á poco de muerto Cromwell (1658) por persona que le conoció de cerca, y en la que se le describe lo mismo que en otros escritos de la época, como un hombre naturalmente bueno, *a good natured man* (2). « Era de constitucion poderosa y robusta; su estatura de ménos de seis piés; su cabeza tan grande que se comprendia encerrarse un tesoro de facultades intelectuales; carácter ardiente; aunque este fuego se extinguía de suyo, ó se apaciguaba pronto por sus cualidades morales, compadecia á los desgraciados hasta rayar en afeminación (*even to an effeminate measure*). Aunque Dios le habia dado un corazón en que no cabia el miedo, era excesivamente afectuoso con los desgraciados. Raras veces ha residido alma tan grande en este cuerpo de barro. Si su historia se escribiera con imparcialidad, y el mundo la recibiese sin prevención, añadiría su nombre al de los nueve héroes. Vivió y murió en perfecta union con Dios, como observaron personas sensatas que estaban á su lado. »

En cuanto se esparció la noticia de la muerte de Cromwell al rededor de Whitehall, que estaba lleno de fanáticos orando, un capellan se levantó, y volviéndose á la multitud consternada: « Es una buena noticia » exclamó; « si » nuestro protector era tan útil y misericor- » dioso en esta vida mortal, ¡cuánto mas no lo » será en el cielo, donde reside en Jesucristo, » á la diestra de Dios! »

El mismo Thurloe escribia á Enrique Cromwell: « El protector ha muerto ayer á las cuatro de la tarde. No tengo fuerzas para hablar ni para escribir: tan cruel é inesperado ha sido el golpe. ¡La providencia de Dios es inexplicable! Si se considera al hombre que ha muerto, el tiempo y el momento en que Dios le llamó á sí, y otras circunstancias, no me queda mas que imprimir los labios en el polvo, y exclamar: ¡Esta es la mano del Señor! Es imposible describir la consternación del ejército y el pueblo; su nombre está ya consagrado: ningun hombre ha sido objeto de tantas oraciones durante su enfermedad. Cada dia se celebraban solemnes reuniones para pedir á Dios le prolongase la vida; de manera que

(1) THURLOE'S, TOMO I, pág. 161.

(2) Id., pág. 766.

subió al cielo embalsamado por las lágrimas de su pueblo, y llevado en alas de la oración de los santos. »

¡Un viejo confidente de Cromwell (observa Villemain), un antiguo ministro de Estado, es el que habla así en un momento en que es superfluo el lenguaje místico, y parece impulsado por la verdad misma del dolor y del sentimiento! ¿Podia creer Thurloe en la santidad de Cromwell? ¿Podia atribuir tanta virtud á la oración de aquellos fanáticos imbéciles, tan á menudo engañados por su amo y por él? ¿Ó ha de suponerse que el ascendiente de Cromwell y los hábitos de su lenguaje influyeron hasta en el hombre que mejor conocia su política? ¿No era mas bien una especie de hipocresía involuntaria y contagiosa, que se contraía al acercarse á Cromwell? Todos los hombres extraordinarios han fascinado á sus admiradores, formando en derredor de sí, segun la diversidad de los tiempos, un prestigio de opiniones, de lenguaje, y por decirlo así, un nuevo orden moral, que la ambición, la adulación, y no sé qué pasión, mezcla de orgullo y de servilismo, adoptan sin creer en su certeza, aunque no confiesan que no creen. Por otra parte, en el favor, en la confianza del poder hay una especie de embriaguez, que seduce hasta la conciencia, y forma aun mas ilusos que hipócritas.

La extraordinaria fortuna de Cromwell justificaba esta larga ilusión, principal carácter de su autoridad. Haber llegado, siendo de condicion oscura, al poder supremo; lanzarse de en medio de tantas sectas furiosas al primer puesto, elevado sobre todos los partidos, despedazados á medida que se iban inutilizando, eran sin duda hechos prodigiosos que debian asombrar, cegar á los de mejor vista, y mezclar donde quiera la admiración al odio. Lo mas admirable de tal destino es que un hombre solo haya podido darle cima.

Un hombre solo parece no bastar á las diferentes épocas de una revolucion, cada una de las cuales tiene su héroe. Á Cromwell se le ve en todas partes, y atrae la atención desde el principio; no es de esos que vienen al fin á aprovecharse del cansancio comun, y á recoger la herencia de la república espirante. Solo y llenando todas las épocas, mira hacer la revolucion, la segunda, la sigue, la termina y reduce á la unidad de su poder. Las desventajas personales, que no detuvieron su elevación, no son ménos sorprendentes que las grandes cualidades que desplegó para subir hasta allí. Este hombre, que dominó con las armas y con la palabra, no habia hecho la guerra hasta los cuarenta y dos años, y parecia desprovisto de elocuencia para seducir; pero como si tuviese ocultas dentro de sí fuerzas é ideas propias de todas las eventualidades de su fortuna, se mostró sucesivamente teólogo, capitán, político, legislador, soberano, manifestando siempre el talento ó el vicio que necesitaba. Elevó el patriotismo de su nación, la oprimió con su misma

gloria, y la hizo respetar en lo exterior para mejor subyugarla. Exigia se tuviesen con sus embajadores mas consideraciones que las concedidas por ninguna corte á los de los reyes de Inglaterra. Tal era su política; así, halagando la quimérica soberanía de aquel pueblo cuya libertad habia destruido, decia: « La dignidad de la corona pertenece á la nación; » y « siendo siempre la nación la misma, quiere que sus ministros sean tan respetados como los de los reyes. »

Sus palabras y sus sentimientos se engrandecieron con su fortuna; á la trivialidad habitual de sus maneras substituyó la altivez y gravedad de un señor. Un noble realista que habia notado la abyecta familiaridad y el vestido descompuesto de Cromwell cuando entró la primera vez en el parlamento, exclamaba algunos años despues: « He visto á este mismo hombre, » despues de grandes prosperidades, dueño del » poder real, aunque usurpado, tomar mejor » sastre, y mezclándose con la buena sociedad, » presentarse en Whitehall con mucho garbo y » grandeza. » De vez en cuando esta dignidad se convertia en extravagancia.

Abrumado de tantos cuidados, el protector, naturalmente melancólico y severo, solia prorumpir en chistes triviales y burlescos, como si despreciase su fortuna al despreciar á los hombres. Se burlaba de nuestros padecimientos (dice Cowley), y se complacia en decir y hacer cosas fantásticas y disparatadas, aunque no fuese mas que por mostrar que podia decirlo y hacerlo todo. »

Los mas rígidos censores, hasta los enemigos de Cromwell, no le negaron mucho talento, admirable prudencia é intrépida firmeza; pero, despues de la audacia, el mas poderoso instrumento de su elevación fué el conocimiento de los hombres y del espíritu de su época. Esta penetración que le permitió ver lo que podia esperar del fanatismo, explica su hipocresía, justificada por la historia, y que no podria ponerse en duda sin quitar algo á la idea de su genio; pues los hombres hallarán siempre ménos grandeza en un fanático de buena fe que en un ambicioso que crea entusiastas. Cromwell condujo á los hombres con el dominio que le dejaban tomar sobre ellos; solo la ambición le inspiró delitos, cuya ejecución encomendó al fanatismo de los demas. En todo lo que no se rozaba con su autoridad, obró conforme al espíritu generalmente moral de su siglo; su razon superior rara vez le consintió perseguir á nadie; no se vengó de rival ni enemigo alguno, contento con dominarlos á todos; sus costumbres privadas eran puras y severas. Su breve dominación llevó la Inglaterra á la mayor grandeza que habia disfrutado antes de que se completase su constitucion, y solo la libertad le fué mas favorable que este odioso déspota. La fuerza de su genio se descubre en la impotencia misma de consolidar un poder, que conservó, sin embargo, incontrastable hasta la úl-